

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

PUBLICACIÓN DECENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

TIRADA 7.000 EJEMPLARES

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—(Pagos adelantados)

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 » » » » » 1 pta. » »	
100 » » » » » 5 » » »	
500 » » » » » 25 » » »	
1000 » » » » » 50 » » »	
Paquetes, sin suscripción de 100 núms. 2 ptas.	
Incluidos gastos de correo, sin certificar.	

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

Las dos armas

En una de estas tardes de cuaresma dos hombres, largo y enjuto de carnes el uno, coloradote y mofletudo el otro, discutían acaloradamente sentados al rededor de una mesilla colocada en la parte exterior de una taberna ó garito, en donde se reunía todo lo más escogido de los barrios bajos de la población.

La conversación versaba acerca del sermón predicado aquella tarde por el Cura de la parroquia, y al que según parece asistieron ambos compadres.

Movido por la curiosidad me acerqué á ellos y oí el diálogo siguiente:

—Miá tú qué sermonico el de ese Padre. Cualquiera diría que, por lo diminutivo que es, no sería capaz de matar una mosca; pero en cuanto se planta en el púlpito, como que no teme á naide se despacha á su gusto.

—Y que tiés razón, Zancadilla—replicó el otro;—pero ti asiguro que si llego á ser político le paro los pies más que á paso.

—Y la lengua, compare. Miá que les ha puesto de ropilla de verano. Porque naá hubiera sido que les hubiera llamado embaucadores, parlanchines, botarates, pero... ¡llamarles politicastros!

—¡Ah! Pero atiende: buena cuenta ha tenido de no meterse con la gente de nuestra raza.

—¡Tomal Como que iba dispuesto á soltarle, en cuanto saliera de la iglesia, un navajazo que le quitara las ganas de hablar. ¡Cuidado que es insolencia la de esos señores! Se meten en todo. Y con eso de que tienen en su mano el cielo y el infierno, son capaces de asustar al más pintado.

—Pues créeme—añadió Zancadilla, —que si yo le viera á ese Padrecico en la calle, le ajustara las cuentas.

No bien hubo Zancadilla pronunciado estas frases apareció el predicador de autos á la vista de los valientes.

—Rediez—exclamó uno de ellos al

divisar al sacerdote—,mia por donde sale.

—Pues no me achico—respondió decidido el otro.—Con estos puños y esta faca no temo á cien mil de manteo.

Luego que el sacerdote se acercó á ellos, díjole aquél con aire resuelto:

—Miusté, padre; aquí como usted ve somos dos.

—Y por cierto, guapos chicos—respondió el cura.

—Sí, señor; y veníamos á ajustarle á usted las cuentas.

—Mal negocio—añadió el Padre.—Pero... no estoy para discusiones. Si queréis hablar seguid mi camino.

—Gustosísimos iremos—respondieron á una, colocándose á diestra y siniestra del sacerdote.

—Y digo mal negocio—continuó el cura—porque yo tengo por costumbre saldar las cuentas en el momento que se presenten.

—Claro; mientras haiga mujeres en el mundo que les paguen por decir cuatro cosas como las de esta tarde.

—Y mientras haya purgatorio—replicó el otro.

—Hablais como uno doctores.

—No seremos doctores, pero con la cencia que Dios nos ha dado, conocemos que ustedes los curas...

—Os limpiamos los bolsillos, ¿no es así?

—A nosotros no, porque no nos dejamos engañar tan fácilmente, pero es lo mesmo, engañan á nuestras mujeres. Vamos, que bien toman ustedes el sol á cuenta nuestra.

—Esa es la verdad, compadres—interrumpió el cura,—y quiero haceros disfrutar de estas delicias. Os convido para que vengáis á pasear conmigo.

—Si no hubiera más...

—Pues qué?

—Naá, que llega la noche y usted encontrará la masa puesta y con todo lo necesario, pero nosotros...

—No puedo ofreceros más—añadió el sacerdote.—Si queréis acompañarme os pago la cena, el jornal..., en fin, todo.

—Conformes, Padre, conformes.

—Pero os exijo una cosa.

—Lo que usted quiera.

—Nada, muy poquita cosa; que allá donde yo vaya me habéis de seguir.

—Y aún más allá, Padre, porque los curas no se pierden.

En esto avanzaron en su camino hasta que llegaron frente á un edificio que en su magnificencia exterior delataba un palacio.

—Al llegar á él se detuvo el sacerdote y dijo: Aquí es donde debemos parar.

—¡Y qué bien güele, chacho!—decía un compadre al otro.

—No se parecen estos guisos á los de nuestras cocinas,—replicó el otro.

En esto apareció una Hermana de la caridad, á recibir al sacerdote.

—¿Hay novedad, Hermana?—dijo éste.

—Sí, señor—respondió aquélla.—Hay en la sala de epidemias un joven que reclama inmediato auxilio.

—Vamos, pues, allá—dijo el sacerdote.

Y dirigiéndose á los dos camaradas, los invitó á que le siguieran.

Ya habrá comprendido el lector, que el lugar á que nos referimos y en el que se desarrolló la escena, es un hospital, una de esas casas que la caridad ha levantado en beneficio de la humanidad y á cuyo servicio están consagradas esas heroínas, hijas de San Vicente de Paúl.

La noticia de hallarse un hombre con enfermedad contagiosa, alteró algún tanto á aquellos dos valientes, y retrocediendo un poco uno de ellos, preguntó á la Hermana:

—¿Ha dicho usted que hay algún epidémico?

—Sí... el médico se inclina á creer que se trata de un caso de cólera.

—¡Caracoles!—dijo—¡que la cosa es un poco seria!—y llamando aparte á su compañero que iba con el sacerdote, le dijo.

—Oye Zancadilla no sea cosa de que nos muramos con tan poca substancia.

—¿Pues qué te há dicho esa señora?

—Que es un enfermo de cólera.

—Pues á cólera, gachó, naide me gana.

—Pero piazó é bruto, ¿no sabes que es cosa que se pega.

—Pues por eso, porque se pega iré á verle, y en cuanto me pegue, corro á tí, te hago lo mismo y punto concluído.

—Ya se conoce lo poco que entiendes de melecinas. Esa es una enfermedad que con sólo respirar el aliento del otro te caes muerto.

—Ya me va entrando el miedo.

—Y no hay uno solo que te quiera llevar al cementerio.

—¡Que melancólico debe ser eso! ¿Pero no te paice que nos llamarán cobardes?

—¿Por qué?

—Porque nos hemos estado hablando mal de ese señor cura y ahora... ya ves es un compromiso.

En esto el sacerdote que se disponía á entrar en la habitación del enfermo, díjoles:

—Vamos. Venid conmigo.

Quedaron ambos corridos y perplejos ante la exigencia de aquél, no sabiendo por qué resolverse. Por fin, rompiendo aquel silencio, dijo uno de ellos:

—Padre ¿Nos podía usted enseñar las armas que lleva para entrar en batalla con tanta confianza?

—Aquí las tenéis—dijo, al mismo tiempo que sacaba un Crucifijo.—Con ésto y la pureza de conciencia, es como se acomentan estas empresas.

—Nos declaramos vencidos, Padre—respondieron á una los dos compadres.—Carecemos de esas armas, pero concédanos un favor.

—¿Cual?

—El de que nos provea usted con esa clase de armas.

—Con mucho gusto—respondió el sacerdote—pero dejadme primero que acuda á consolar á este pobre enfermo.

Separóse el sacerdote de los dos hombres que permanecieron inmóviles largo rato esperando la salida del Padre. Pero como se prolongase bastante su estancia en aquella habitación, impaciente uno de ellos por tratar los asuntos de su alma con aquel ministro del Señor, abrió cuidadosamente la puerta para observar lo que hacía.

De pronto palideció su rostro, y no atinaba á decir palabra. Es que había visto tendido el cuerpo del sacerdote al lado del colérico.

Corrió á llamar á la Hermana, penetraron en la celda y vieron con las lágrimas en los ojos que el sacerdote, besando el crucifijo, luchaba con los horrores de la agonía.

Pasó un rato, al cabo del cual, en un momento de lucidez, reconoció á los circunstantes, y les dijo.

—Tomad este crucifijo. Ya tenéis un arma. Idos luego á un sacerdote y limpiad vuestras conciencias, y tendréis la otra.

Apenas hubo pronunciado estas palabras y alargado la mano para entregar el Crucifijo, en el que estampó

el último beso, cuando expiró el mártir de Cristo en medio de los sollozos de todos.

Los dos camaradas oraron un rato al lado del cadáver del sacerdote, y luego, dirigiéndose á una iglesia próxima, lavaron sus culpas en el tribunal de la penitencia, armándose de este modo para pelear en los combates contra los enemigos del alma, sin obtener victoria contra los cuales nadie será coronado.

GARCÍA DEL CASTAÑAR.

Darvinismo

«Afirma un grave doctor del siglo décimo nono, que el hombre viene del mono, de rana, ó cosa peor; pero el insigne escritor, con su profundo saber, nunca me hará comprender cómo se obró tal portento, ni por qué procedimiento cambiamos de forma y ser.»

«Si es verdad que mono ha sido el hombre, pregunto yo: ¿Cómo se *desenmonó*, y á ser lo que es ha venido? Si rana, ¿cómo ha podido *desenranarse* el mortal? Si el pase fué natural, ¿cómo siguen aquí abajo tanto mono y renacuajo en su estado primordial?»

«No es prodigio que me asombre, cuando hay pruebas en su abono, que el hombre se vuelva mono; pero ¿el *mono* volverse hombre?... ¡Que un sabio de alto renombre defienda tal teoría! ¿Si será que en su manía por darse cuenta de todo, quiera explicar de este modo tanta humana monería?»

Miguel C. Manzano.

CARTA

del Barquero de Solía á la tía Mariplátanos sobre asuntos de familia y otras berzas.

Estimada comadre: El viento sopla, las ranas cantan y los españoles andamos como el gallo de Morón sin plumas y cacareando. Esta sirve para decirle, señá María, que los pobres estaríamos más alegres que unas castañuelas si en lugar de tanta música de consumos y servicio obligatorio nos dejaran comer en paz y en gracia de Dios el *democrático* cocido que tan bien sentaba á nuestros abuelos en aquellos tiempos de Inquisición para los granujas y de paz y contento para los hombres de bien. Pero, amigo del alma, soplaron los vientos de la libertad con rabo y hete aquí por qué cualquier malandrín sirve lo mismo para ministro que para verdugo; pues en esta tierra de los clásicos garbanzos y de los toros de puntas, ya no se hace caso del talento ni de la virtud, sinó lo que priva es ser pariente del Bombita ó de Montero Rios, para tener un acta de diputado, senador ó archipámpano de Sevilla.

Pero veo, señora comadre, que se me escapa la burra por los cerros de Ubeda, y si no la atajo me voy á quedar sin papel para decirle á usted algo de sus cuatro nietos y catorce sobrinos, los únicos que quedan en la Sociedad de Resistencia de Villazoquetes; los cuales andaban ayer á mamporro limpio disputando sobre quién sería mejor para ministro de Marina, si el *compañero* Quejido ó Perezagua. Y como ya vislumbran la aurora «boreal» no se acuerdan de coger la herramienta y se les va el tiempo en echar cigarrillos y tornos arreglando el mundo y también las nubes para que en lugar de agua nos sirvan Valdepeñas fino, Jerez superior, salchichón de Vich y jamones con chorreras. Le advierto que estas golosinas no serán más que para los obreros conscientes, los demás tendrán que roerse un codo ó ir al Panamá á tirar de pico y pala con los burgueses.

Sin duda que usted creará, señora Mariplátanos, que le estoy contando lo que soñé antes de anoche, pues no hay tal: socio hay por estas tierras que si le dice «El País» ó «El Socialista» que los besugos hablan ó que los cacahués son calabazas de Rota, se lo cree á pies juntillos y se rompe las narices con quien afirme lo contrario.

Pero ¿cómo vá á saber ni pensar otra cosa esta pobre gente que usted tuvo de chiquitos haciendo novillos y asaltando huertas, sin un mal pescozón, nada más que cuando rompían un botijo ó pesaban al gato? ¿No se acuerda usted, cuando los llevaba donde su consuegro, el tío Peneque, á aprender blasfemias y pestes contra la Religión, y en cambio nunca los mandaba usted á la Iglesia, salvo alguna vez, los días de tinieblas para apelear á Judas y robar las lágrimas del tenebrario?

Adónde habían de ir á parar estos pobres infelices, sin educación, ni religión, ni instrucción de ninguna clase? Pues claro está que al socialismo, al lerruxismo ó á la re... molacha azucarera de Azcárate, Galdós y compañía.

No me ponga usted de mal humor, señora comadre, porque ya sabe cómo las gasto; y si ahora está usted recogiendo el fruto de la mala educación de estos desgraciados que á corbos y maldiciones la han echado de casa y mandádola al Asilo, pida á Dios que se lo tome en descuento de sus pecados, haga una confesión sincera y dolorosa de todos ellos y ruegue á la vez que el prójimo escarmiente en cabeza de una vieja á quien desde joven le estuvo cantando las verdades.

EL BARQUERO DE SOLÍA

Procedimiento contra la difteria

«The Mexican Times», de Londres publica lo siguiente:

«El alcohol es el remedio más eficaz contra la difteria.

Debe administrarse diluido en agua en iguales partes en peso, y se da por cucharadas repetidas veces, las que deben ser más ó menos frecuentes según la gravedad del ataque. Con solo este procedimiento desaparecerán los síntomas más peligrosos.

Es admirable, añade el periódico en cuestión, ver la facilidad con que el alcohol disuelve las exhalaciones diftéricas de la garganta y hace bajar la temperatura, calmando á la vez el pulso y destruyendo, con rápida acción, gérmenes mal absorbidos por las glándulas, así como purificando la sangre.

Este remedio ha sido usado en la difteria hasta la fecha por varios facultativos, sin que haya fallado un solo caso (á excepción del en que se llamó al facultativo *in articulo mortis*, ya demasiado tarde.)

Además, el alcohol está probado en infinidad de casos, que siempre se puede administrar del modo indicado á las personas expuestas al mal por haber enfermos en la casa, haciendo que tomen tres ó cuatro al día.

Nos toca añadir, dice el periódico citado, que con el sistema indicado hemos visto curar tres niños, hijos de un amigo nuestro que estuvieron atacados de difteria.

Llamamos la atención de toda la prensa con objeto de que esto se haga popular, en bien de la humanidad.

La desmoralización de la niñez

Un escritor, humorístico, pero profundo, y conocedor como pocos de la sociedad en que vivía, escribió las siguientes observaciones sobre la precoz corrupción de los niños.

«Por lo que yo observo, se llega en estos tiempos á tener veinte años mucho antes que á tener diez y seis.

O de otra manera: apenas hay niños.

Parece que la inocencia no quiere detenerse mucho tiempo sobre la tierra, y nos vuelve la espalda antes de que hayamos podido sustituirla por la razón.

Es curioso cómo empezamos á ser hombres antes de haber dejado de ser niños.

Hay flores tan fugitivas, que mueren casi al mismo tiempo que nacen; como si la pena de haber nacido les causara la muerte.

Esta civilización, que es la muerte de la poesía, de las artes, de los sentimientos, es también la viruela de la inocencia.

Niños os encontraréis en las casas de juego.

Niñas en las casas de prostitución.

Pequeños hombres y pequeñas mujeres que los vicios recogen, porque la sociedad los tiene abandonados.

¿Por qué tanto cuidado para que el niño no lleve á sus labios un alimento demasiado fuerte para la delicadeza de su estómago, y tanto abandono para dejarle llenar su entendimiento con los breviajes de tanto libro envenenado? Lo preservamos de la humedad, del sol, del aire, del calor, del frío. Cualquiera cosa de estas puede alterar su salud, debilitar su constitución, quebrar el frágil vidrio de su vida. Pero un libro malo, un maestro corruptor, un amigo pervertido, son cosas que apenas nos llaman la atención.

Estoy seguro que ninguna madre llevará su hija á la casa de un enfermo, cuya tos pueda despertar la sospecha de que está tísico. Pero, no dudéis que esa misma madre llevará á esa misma niña á todos los teatros, á todos los bailes, á todos los salones.

Da verdadera tristeza ver esos hombres de diez años, que juegan, que fuman, que blasfeman. Esas niñas que apenas han cumplido nueve años, y ya

han adquirido todos los secretos de la coquetería y de la vanidad.

La naturaleza se venga de esta violación de sus leyes.

Por eso vemos usureros de veinticinco años.

Decrépitos que no han cumplido todavía treinta.

Libertinos que no han pasado de quince.

Almas heladas en medio de la primavera de la vida.

La juventud que viene detrás de nosotros presenta una terrible precocidad. ¡Adquiere todos los vicios de la vejez y no conserva ninguna de las virtudes de la juventud!

¡Qué razonables son todas sus locuras!

¡Con qué formalidad se corrompe!

¡Qué dignamente se envilece!

¡Qué bien se pierde!

¡No podemos negar que es hija de su madre!

Es posible que sea una generación ilustrada, pero es imposible que sea una generación buena.

**

Tales son las reflexiones que inspiraba al malogrado Selgas, la creciente depravación de «esos puñados de tierra llenos de vida» como él los llamaba.

Y estas mismas reflexiones se harán cuantos se percaten de la atmósfera en que estamos envueltos.

Esta atmósfera corrompida, fétida, que se respira hoy en todas partes; pero principalmente en las ciudades.

De útil enseñanza

El gobierno actual francés sigue, como su antecesor, con el insano propósito de descristianizar á Francia.

Ahora vuelve á pretender que las monjas sean substituídas por las enfermeras laicas, no solo en los hospitales, sino hasta en las clínicas privadas. El cuerpo médico ha protestado contra tal atentado á la libertad profesional.

Hablando sobre éste asunto el *Journal de Médecine de Bordeaux* dice. «Nuestros hospitales se desenvuelven de pocos años acá dentro de grandísimas dificultades, que cada día van en aumento... Se puede asegurar, que si el desorden material es comparable al desorden moral, que actualmente réina en nuestros hospitales, hay sobrados motivos para estremecerse.» En *L' Echo de Paris* se añade. «En este momento de constante estado de anarquía; en éste momento cuando los médicos necesitan reunirse para reprimir, en lo posible, tan espantoso desorden, quiere el gobierno, que el *desorden material* y *moral* se instale igualmente en las clínicas privadas, y que los religiosos, que siempre dieron pruebas de abnegación y sacrificio sean reemplazados por un personal, que tendrá excelentes condiciones, pero desgraciadamente está probando todo lo contrario».

Mirad, obreros á dónde quieren llevaros esos vividores políticos que solo aspiran á su medro personal.

Charla

—Vea V, vea V. nuestra biblioteca; es magnífica, bien surtida y... variada: Balmes, Victor Hugo, Zola, Montepin, Perez Galdos, el P. Coloma, Cervantes, Suarez Bravo, Selgas, Paul de Kok, Julio Verne... y sobre esta mesa los periódicos del día y semanarios. El Imparcial, Heraldo, El País, Correo Español, El Debate. Nuevo Mundo, Blanco y Negro, La Hoja de Parra...

—Basta, basta; esto es una gran batalla, pero no una batalla ordenada entre dos ejércitos que luchan por el triunfo de una idea determinada, espectáculo que tendría siempre algo de grande y de instructivo, si no una refriega babélica entre multitud de combatientes, que se revuelven unos contra otros en anárquica confusión; refriega en la cual cada grito de guerra se da en una lengua distinta, y en que cada beligerante tiene que combatir con adversarios que á su vez combaten recíprocamente entre sí. Semejante espectáculo podrá parecerle á V. consolador, pero á mí me produce el efecto contrario.

—Pues yo paso aquí un par de horas todos los días, y me retiro con la satisfacción de haber empleado mi tiempo por lo menos inocentemente. Tengo ya sobre todas las cosas mi opinión formada, y las tonterías de los periódicos no han de alterarla ni poco ni mucho.

—Pero Dios no ha repartido con igualdad á todos los hombres el don de la inteligencia, y no porque V. tenga un talento superior, dejaremos los mortales menos favorecidos de estar expuestos á los embates del error y de la duda. Diré, pues, con riesgo de escandalizar la alta capacidad de V., que aunque fuera verdad; que no lo es, que la gula, la embriaguez y el juego llenaran, como V. pretende, los ratos de ocio de nuestros mayores, todavía quedaría por averiguar si ocupaban su tiempo de un modo menos perjudicial que nosotros, asistiendo á este asalto cotidiano de todos los errores contra sí mismos y contra la verdad, asalto en el cual la verdad, apareciendo confundida y revuelta con la mentira, no es fácil que pueda ser reconocida sino por ojos sumamente espertos y vigilantes.

—¡Bah! La verdad se defiende por sí misma, y no hay necesidad de levantar barreras á su alrededor. Yo me precio de estimarla como el primero; pero creo que la preserva mejor la convicción que las llaves y los candados. Este es mi sistema.

—¡Yal! El sistema de V. para guardar la verdad, es muy bueno. ¡Lástima que no emplee usted el mismo para guardar la bolsa!

—¡La bolsa! ¡La bolsa! Hombre,

